

No basta, pues, que digamos fríamente: «Yo no hago mal á nadie»; es preciso poder afirmar con la conciencia satisfecha: «Procuró hacer el bien, todo el bien que me es posible; dispuesto estoy á sacrificarme por mis enemigos, así como Jesucristo dió la vida por la salvación de los pecadores, sus verdugos.»¹ Pero ¿no llega á tanto nuestra caridad? ¡Oh! entonces reconozcamos si quiera, con humildad profunda, que aún no somos genuinos discípulos del Crucificado². Pero, en ese caso, ¿cómo no temeremos la amarga y bien merecida reconvención que en cierto día dirigió el Salvador á los judíos: *¿No tenéis la ley dada por Moisés? ¿Cómo, pues, ninguno de vosotros la practica?*³ ¡Tánta admiración, tanto entusiasmo como parece que despierta en los hombres de nuestro siglo la sublime doctrina de la caridad! ¡Tánto incienso como se le prodiga hasta á su nombre! ¿no diríamos mejor, á su sombra? Porque, cristianos, ¿en dónde está la práctica de la verdadera y nobilísima caridad cristiana? No falta, no, en el seno de la Iglesia católica, porque no puede faltarle jamás el espíritu de su Fundador. Pero ¿en el siglo? ¿Podría llamarse el siglo décimonono, que tanto alardea de filántropo, el siglo de la caridad? ¡Fuera un cruel sarcasmo! Llámese en buena hora el siglo de las luces ó de las ciencias naturales, el siglo de la industria y del progreso material, para no disputarle por esta vez sus títulos de orgullo, pero ¡que no se llame el siglo de la caridad! Jamás los hombres y las naciones que se dicen civilizadas, se han amado menos y aborrecido más; y es natural, porque jamás han dominado tanto el egoísmo y la soberbia y la envidia, hijas todas del feroz sensualismo que devora

¹ Is. 53, 12.² Io. 13, 35.³ Io. 7, 19.

las actuales sociedades. Apagada la antorcha de la fe en el fondo de innumerables espíritus, y encendida por consecuencia de la incredulidad la llama del libertinaje homicida, ¿no ha debido de extinguirse también la caridad¹?

9. Desengañémonos, amadísimos hermanos. La caridad cristiana, la única digna de este nombre, no es precisamente la beneficencia, privada ú oficial, ni mucho menos la liberalidad fastuosa reprobada altamente por nuestro Señor Jesucristo²: la caridad verdadera es virtud divina, es flor del cielo que no nace sino en el terreno de la Iglesia y sobre el tallo sobrenatural que se llama la fe, sostenido por el pie firmísimo de la esperanza; y esperanza y fe y caridad son tres ramas del mismo tronco, alimentadas de la misma savia divina, que es la gracia del Espíritu Santo. ¿Habéis perdido la fe? ¡Desdichados de vosotros! Tampoco poseéis la caridad. ¿Desconocéis á la Iglesia, personificación inmortal de Jesucristo, institución que vive de su espíritu y, como él, da vida al mundo³, lo ilumina y lo salva? Pues tampoco poseéis la caridad. Tendréis, á lo sumo, otra virtud cualquiera, la más bella entre todas las virtudes humanas, filosóficas y sociales, pero no tendréis la caridad de Cristo. ¿Sabéis, finalmente, por qué? Porque el mismo Jesucristo ha dicho: *In his duobus mandatis universa lex pendet, et Prophetæ*⁴: en el doble mandamiento de la caridad se terminan la Ley y los Profetas. Luego la caridad, lejos de destruir la Ley y anular las profecías, las presupone y las corona. ¿Rechazáis las profecías ó, lo que es igual, el carácter divino de Jesús,

¹ Matth. 24, 12.² Matth. 6, 2.³ Io. 6, 33.⁴ Matth. 22, 40.

atestiguado por el testimonio profético? ¿Rehusáis someteros á la observancia del Decálogo so pretexto de que os basta practicar la caridad, tal como la concebís? Pues padecéis un engaño lamentable. No hay caridad sin Ley y sin Profetas; y como la Ley y los Profetas dan testimonio de Cristo y son la base de la fe, resulta que no hay caridad, extinguida la fe ó arrasados sus sólidos cimientos.

Aun prescindiendo de este orden de consideraciones, fácil es de ver la estrecha unión con que están ligadas la fe y la caridad. Y esta nueva fase del asunto nos abre paso á la segunda parte.

II.

10. El mandato de la caridad no sólo es nuevo en su forma y en su esencia, sino que es por antonomasia el mandamiento de Jesucristo: *Hoc est præceptum meum*¹, cuya guarda, por consiguiente, ha de ser la nota característica de los suyos². Razón tiene el amabilísimo Salvador de llamar *suyo* el precepto de la caridad, El que es todo caridad: *Deus caritas est*³; El que, en prueba de su amor infinito, ha dado sangre y vida por los hombres... ¡Oh, sí! razón tiene de exigirnos amor á nuestros prójimos llevado al heroísmo⁴. Digámoslo de una vez: el precepto del amor sin límites es la expresión genuina del inflamado corazón de Jesús. Vaso preciosísimo lleno de bondad y ternura para con sus hijos, deja escapar de sus labios el precepto de la caridad como un rico perfume, como el aroma de su espíritu, como la quinta esencia de su doctrina. Por eso lo repite

¹ Io. 15, 12.

² L. c. supra.

³ 1 Io. 4, 8.

⁴ 1 Io. 3, 16.

con marcada complacencia en aquella noche memorable de la Cena, al tiempo de dar á sus amados discípulos su lección de despedida¹.

En efecto, cristianos, por la práctica de esta lección está llamado el hombre á copiar en sí mismo la imagen de su divino modelo, á formar en su corazón á Jesucristo, según la expresión del Apóstol². Veámoslo.

11. ¡Salvador y Maestro! he ahí las dos fases principales del verdadero Jesús, del Jesús del evangelio, del *Cristo, Hijo de Dios vivo*³. *Vosotros me llamáis Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy*⁴. *Yo voy á dar mi vida por mis ovejas*⁵. ¡He ahí al Cristo á quien adora con Pedro la humanidad regenerada! Pues bien; los dos oficios de Salvador y Maestro significan el ejercicio de la caridad llevada hasta la perfección inimitable, que por esto afirmaba el mismo Salvador: *No hay amor más grande que el de quien da su vida por sus amigos*⁶. Y hablando con el Eterno Padre en esa hora suprema de sus confidencias, los ojos levantados al cielo en éxtasis de amor, exclamaba: ¡Padre! *he manifestado tu nombre á los que me diste*, para que les enseñara la doctrina de la vida eterna, la cual no es otra cosa que *el conocerte á ti, único verdadero Dios, y á tu enviado Jesucristo: de esta suerte he consumado la obra que me encomendaste...* ¡Padre! como tanto los amo, *quiero que, donde yo estoy, estén ellos conmigo, que vean mi claridad, el resplandor de la divinidad que me diste, el amor con que me amaste antes que el mundo fuera. Yo les he dado la luz que me diste, y ahora me sacrifico por ellos, para que ellos también sean santificados*

¹ Io. 15, 17.

² Gal. 4, 19.

³ Matth. 16, 16.

⁴ Io. 13, 13.

⁵ Io. 10, 15.

⁶ Io. 15, 13.

en la verdad, para que conozca el mundo que los amaste como á mí; y como tú estás en mí, así yo esté en ellos; y sean una misma cosa conmigo¹. ¡Qué palabras, amados oyentes, tan superiores á todo cuanto puede concebir la mente y expresar la lengua humana! Éstas sí que pudieran llamarse, tomando las del Apóstol, *arcana verba quæ non licet homini loqui*²: arcanos adorables que al hombre no le es dado proferir. Ellas solas bastarían para hacernos reconocer y confesar la divinidad del que así siente y se expresa. Un puro hombre no es capaz de sentir y hablar de esa manera, sin duda porque tanto fuego no puede contenerse en la estrecha capacidad de un corazón meramente humano. Ahí tenéis al descubierto el corazón del Maestro, el corazón del Salvador, todo un horno vivo y caldeado de caridad. Después de haber enseñado la verdad al género humano á costa de fatigas, en tres años de predicación pública y treinta de enseñanza muda, pero no menos elocuente, ahora va á dar la vida por esa raza ingrata que se ha hecho sorda en su mayor parte á sus lecciones y, más todavía, orgullosamente despreciadora de su celestial doctrina³. Hales dado el pan de la verdad, y va á darles ahora el vino de su sangre, y se va á dar á sí mismo en sacrificio duradero hasta la consumación de los siglos. ¡Verdaderamente es el Dios de caridad!⁴

12. Y, al obrar así, nos descubre claramente con su ejemplo, más persuasivo aún que su palabra, cuál es y en qué consiste el espíritu de su ley nueva. Porque no podía decirse más clara y elocuentemente: «¡Sed após-

¹ Io. c. 17 per totum.

² 2 Cor. 12, 4.

³ Io. 12, 37.

⁴ Io. 13, 1.

toles! ¡Sed mártires! Apóstoles para enseñar á los hombres la verdad, mártires para dar la vida por salvarlos: esto es, amaos unos á otros como yo os he amado á todos.» Y en efecto, cristianos, el apostolado y el martirio de la Iglesia católica han sido el eco fiel de la voz de Jesús, que ha respondido en todos los siglos al mandamiento del amor. *Amaos unos á otros*, dijo Jesús á sus Apóstoles, á sus misioneros; y los Apóstoles y los enviados comprendieron que les quería decir: Id á llevar la luz de mi doctrina, predicad el evangelio á todas las naciones. Y corrieron en todas direcciones por la faz de la tierra, llevando la antorcha de la fe en la mano y el fuego de la caridad en el corazón. *Amaos unos á otros*, dijo Jesús á sus ministros; y los ministros de Jesucristo en la tierra, sus sacerdotes y pontífices, comprendieron que esto era decirles: «Apacentad el rebaño de mis fieles: sed pastores de mis ovejas, dad la vida por ellas, si necesario fuese para arrancarlas de los dientes del lobo infernal.» Y los pastores de la Iglesia, armados del cayado, se pusieron al frente del rebaño de Cristo, defendiéronlo de lobos y ladrones, pusieron firme el pecho á los dardos enemigos, y apacentaron las almas con la doctrina de la fe y la moral incorruptibles. Así es que la institución de la Iglesia no es más que la organización divina del reinado de la caridad: la vida de la Iglesia con sus largas é interminables luchas con el mundo, eterno rival de Jesucristo, esa vida señalada día por día con nobles aunque costosos triunfos, no es más que la historia de la caridad siempre viva en la tierra desde que el Dios Redentor vino á encender este sagrado fuego¹; y, final-

¹ Ignem veni mittere in terram... (Luc. 12, 49).

mente, la historia de los impugnadores de esa misma Iglesia, que lo es de la mentira y la maldad en pugna con el bien y la verdad, no viene á ser más que el relato de la estéril lucha del egoísmo con la caridad, del mezquino amor del hombre con el generoso amor de Dios.

13. ¡Ah! cristianos, ¡qué bella sería la tierra, con todo y ser valle de lágrimas, vivificada por el dulce sople de la caridad! No podrían, es cierto, desterrarse todas las miserias que la aquejan, ni enjugarse todas las lágrimas que la empapan, porque las lágrimas y las miserias son el patrimonio de la humanidad proscripta y degradada. No podría tampoco extirparse el error y el pecado, porque errores y escándalos habrán de manchar el mundo hasta la consumación de los siglos, según está escrito¹; pero ¡ah! sobre la suma de las humanas miserias rebosaría el torrente de los beneficios amontonados por la mano omnipotente de la caridad, y á despecho de las sombras del error, y por entre las tinieblas espesas de la maldad del hombre, abriríanse paso triunfante los rayos bienhechores del amor de Dios y del amor del prójimo.

Concluyamos. La caridad es la propaganda de la verdad, el apostolado de la virtud, el espíritu de sacrificio, el impulso civilizador, la vida divina en el hombre y, por decirlo en breve, el genio inmortal del cristianismo. ¿Hay esperanza de salvación para el mundo devorado hoy en día por la corrupción y la miseria? Pues, si la hay, no se cifra en otra base que la caridad. Por ella, esto es, por el mandato nuevo, se renovó una vez la faz de la tierra, gangrenada hasta la

¹ Luc. 17, 1.

medula de los huesos por la corrupción pagana. Por ella también se renovará otra vez y otras ciento, siempre que el abismo de las humanas miserias invoque en su favor el abismo aun más profundo de las misericordias divinas. Así sea.

SEGUNDO SERMÓN DEL MANDATO

(predicado en la Catedral de San José de Costa-Rica, 1890).

Mandatum novum do vobis.

Un mandamiento nuevo os doy.

Jo. 13, 34.

1. La imponente ceremonia que con religiosa emoción acabamos de presenciar, es ciertamente de lo más magnífico y significativo que posee nuestro admirable culto, lleno como está de riquezas y magnificencias. ¡Qué es ver á los grandes de la tierra, á los que el vulgo adora como dioses¹, postrados ante la pequeñez y la miseria! ¡Los supremos poderes abatidos voluntariamente ante la debilidad, la ancianidad ó la inocente niñez! ¡Reyes y magistrados, jefes de las naciones, y hasta príncipes de la Iglesia besando humildemente en presencia del pueblo los pies de los mendigos! Cuando esto vió el mundo por la primera vez, ¿qué impresión creéis que debió de producir tan extraño, tan incoherente espectáculo? ¿qué debió de pensar la sociedad pagana á vista de semejante conducta, sino lo mismo que pensó cuando por vez primera le fué anunciado el misterio de la cruz²? «¡Locura, insensatez! ¡Es una burla,

¹ Ex. 22, 28. ² 1 Cor. 1, 23.